

la paz dentro de sus muros. Tomada por asalto diez y siete veces, devastada, arruinada, llevados en cautividad sus hijos, ó diseminados entre naciones extranjeras, ha sido profanada por la idolatría, por el mahometismo y por las vergonzosas discordias de los mismos cristianos. ¡Misterioso destino el de esta ciudad, la mas grande y la mas desgraciada del mundo!—

Los griegos pretenden conservar una porcion del fango encontrado por Nehemías, despues de la cautividad, en el pozo donde se dejó guardado el fuego santo; fango que, herido por los rayos del sol, tornó á convertirse en fuego á la vista del pueblo congregado. Lo cierto es que los griegos, hábiles en todos los tiempos, segun consta de la historia, en inventar fuegos extraordinarios, tienen su secreto para encender uno de esta clase, en el interior del templete. Una dama inglesa, Missis María Roberts, esposa del actual cónsul de la Gran Bretaña en Damasco, me aseguró haber oido de la boca misma del obispo griego, que el fuego que él mostraba al pueblo como sagrado, era una superchería insensata.

Se preguntará por qué razon hay quien se preste á ser actor en esta farsa irreverente. El obispo asegura que los cristianos de Oriente son á tal punto materialistas en sus creencias, que si se les dijese un dia que el fuego sagrado era un embuste, cesarian de ser creyentes, y se despeñarían en el abismo de todas las negaciones y de todas las dudas. El clero griego, por tanto, se defiende diciendo que, si mantiene indefinidamente esta mentira, es por evitar que sobrevenga á sus fieles un mal de trascendencias muy graves; y que Dios, que lee en el corazon de los hombres, sabrá perdonarles este fraude, atendida la sana intencion con que lo alimentan y apoyan. Como quiera que sea, la verdad es que si el pueblo griego tuviera una instruccion sólida religiosa, no haria depender sus creencias de un vano aparato, que mas bien parece insensatez y locura.

Por otra parte, la ceremonia del fuego es acaso un resto de la idolatría del Oriente; de este Oriente que fué en la antigüedad tan dado

á adorar el fuego como emblema del sol, y levantó ciudades y monumentos suntuosos al luminar del dia. Los turcos se burlan de los griegos á causa de la ceremonia; y si permiten que en Jerusalem se represente, es porque se hacen pagar á peso de oro su tolerancia, pues los turcos, ávidos de ganancia y avaros antes que todo, son capaces de convertirse en cómplices de los mayores crímenes, siempre que su complicidad sea bien pagada.—

Vuelvo á mi relato. De la capilla del Angel pasé á la del Santo Sepulcro, por una puerta de tal manera baja, que para pasarla es preciso encorvarse hasta formar ángulo recto con el cuerpo. Las paredes del templete tienen extraordinario espesor, y esto es debido á que, bajo las capas de mármol que lo revisten, se conservan las paredes verdaderas de la roca del tiempo de Jecucristo. La capilla es sumamente pequeña, pues no tiene mas que dos metros en cuadro. A la derecha de la entrada se encuentra la Tumba, tallada en la roca misma y cubierta de mármol.

Cincuenta lámparas, pertenecientes á los franciscanos, á los griegos, á los armenios y á los coftos, arden constantemente sobre ella. Un padre griego, con su gran bonete calado y un hisopo de agua de esencias en la mano, está en pié como centinela vigilante, guardando el puesto, y arroja de tiempo en tiempo lluvia de olores sobre el Sepulcro.

Encima de la losa sepulcral de mármol, hay flores dispersas, de las mas hermosas que produce la naturaleza, llevadas allí por la mano piadosa de los fieles.

Postréme de rodillas y adoré aquel lugar santo, sellando la piedra que cubre el Sepulcro, con suspiros y besos de mis labios.

Allí estuvo el cuerpo del Hijo de Dios depositado tres dias. Aquel que trajo al mundo la mision de redimir al hombre, desconocido, bebado, puesto á muerte ignominiosa, terminada ya con el martirio su obra, vino á ocupar exánime tres piés de tierra en este sitio; y la humanidad que redimió, fué la humanidad deicida!

¡El Redentor cadáver! ¡El que dió vista á los ciegos, vida á los muertos y luz al mundo, encerrado en un sepulcro! Aquí está la señal de piedra que marca el cumplimiento cabal del mayor posible delito. Pero de aquí tambien se levantó el Justo, triunfante de la muerte y de las iniquidades del mundo, dando con su resurreccion la última prueba, la prueba irrefragable de su divinidad y de la santidad de su doctrina.

De esta manera, para redimir al mundo del pecado, fué preciso que se llevase á cabo el mas monstruoso de los crímenes; y despues de este crimen, el mundo, en vez de ser ahogado bajo las cataratas del cielo, como en el diluvio, ó consumido con las llamas de la indignacion divina, como la Pentápolis, pudo elevarse desde el abismo de su abyeccion hasta el trono mismo del Eterno, donde los ángeles entonan sus hosannas!

Arcanos insondables de amor infinito que no pueden ser comprendidos por los espíritus creados!

Oh! si toda mi vida pudiera trascurrir como trascurió aquel momento, cuando olvidado del mundo no tenia pensamientos sino para el infinito! La conciencia del tiempo se pierde, el mezquino *yo* se sumerge en el *Yo* que es el principio y fin de todos los séres, en el *Yo* del que es el que es, en el *Yo* verdadero, del cual los otros no son sino irradiaciones; y un rayo de la eternidad descende al fondo del pecho, y á esa luz mirada, la vida no es sino débil soplo, que apenas nacido se extingue. —

Salido que hube del Santo-Sepulcro, andando hácia atrás como los armenios, me dirigí á la capilla griega que se encuentra al oriente. Con profusion se miran allí las pinturas y los dorados; hay riqueza, pero falta el gusto. Las imágenes pintadas de los santos tienen trages de tela verdadera, como las esculturas, y las auréolas que les rodean la cabeza son de oro macizo y de bulto, y sobresalen algunas pulgadas del cuadro.

A la entrada hay un hemisferio levantado del suelo, á poca altura,

sobre un basamento de mármol. Los padres griegos aseguran á sus fieles que en este lugar se encuentra el centro de la tierra. Ignorantes que no entienden que siendo nuestro globo una esfera, cualquier lugar que se elija, es el centro de la superficie curva que se alcance á considerar en torno; así como puede ser igualmente uno de los polos del eje que pasara por el centro de nuestro planeta. Pero esto nada tiene que ver con las pretensiones griegas. Los discípulos de Focio muestran aquí el centro de la tierra con la ignorancia del que juzga que no hay otro centro mas que ese.

En una capilla, perteneciente á los abisinios y etiopes, se enseña la tumba que se hizo cavar José de Arimatea, despues de haber dado, para que fuese sepultado Jesucristo, su sepulcro nuevo. Es una gruta tallada en la roca, donde hay cavadas tres ó cuatro tumbas.

Sin embargo, José de Arimatea parece haber muerto en Inglaterra, á cuyas playas salvajes abordó para predicar el Evangelio.

Vi el lugar donde pasó entre María Magdalena y el Salvador, la escena sublime del *noli me tangere*. Y no podia menos de recordar en aquel sitio el final de una poesía que dediqué hace dos años á este asunto.

No le toqueis! que al cielo soberano
No ha ido aún, ni al inmortal seguro,
Y tiene el cuerpo como el cielo puro,
Y mancha nuestro tacto, aún mundano.
No le toqueis! Ah! no, miradlo solo,
Que en verlo solo se halla la ventura,
Que es él la refulgencia y la hermosura
Que brillan del un polo al otro polo.
Miradlo, y que los siglos que sucedan,
Al contar vuestra historia,
Hacer memoria con envidia puedan,
Del milagro de amor, que os dió esa gloria.

Y me figuraba ver á Jesucristo en traje de jardinero, diciendo á la Magdalena: «no me toques;» mientras esta, deshecha en llanto, pretendia arrojarle á sus piés para bañarlos con sus lágrimas y secarlos con sus cabellos, como tantas veces lo habia hecho.

Los franciscanos tienen una capilla donde antes se conservaba un pedazo de la verdadera cruz, que ahora pára en Armenia. En uno de los altares se guarda, detrás de una reja de fierro, un trozo de columna de pórfiro, de sesenta y cinco centímetros de altura. A esta columna estuvo atado Jesus cuando fué azotado en el Cenáculo.

En la sacristía de la capilla de los franciscanos, se encuentran las espuelas y la espada de Godofredo de Buillon. Las espuelas son de cobre con rodajas de desmesurado tamaño; la espada es recta y tiene la guarnicion sencilla.

Por una gradería de veintinueve escalones, se baja á la capilla de Santa Elena. Allí está el lugar donde esta santa emperatriz acostumbraba colocarse para presidir los trabajos de la excavacion que se hacia en busca de la cruz en que murió Jesucristo. Esta cruz, así como las de los dos ladrones, fueron enterradas, segun el uso de los judíos, despues del suplicio.

De la capilla de Santa Elena se baja á la de la Invencion de la Cruz, que fué en la antigüedad una cisterna. Allí fueron arrojadas las tres cruces y cubiertas con escombros. Habiendo hecho Santa Elena cavar en aquel lugar, las tres fueron encontradas, pero no se sabia cuál era la de Jesucristo. Cuéntase que para descubrirlo, hizo la santa emperatriz tocar con ellas una enferma y un muerto, y que al recibir el contacto de la última cruz, la moribunda sanó repentinamente y el muerto volvió á la vida. Así fué como pudo conocerse cuál era la cruz de la Redencion. En esta capilla de la Invencion hay un altar erigido por Maximiliano, archiduque de Austria, muerto en Querétaro, cuyo altar lo hizo levantar durante su peregrinacion en Palestina.

La capilla de Santa Elena, aunque pertenece á los etiopes, la tienen los armenios en uso, pues dan á los dueños, como precio del alquiler, pan y sopa diariamente.

Volviendo á subir las dos escaleras, se ve á la izquierda otra capilla griega, donde está dentro de una caja de fierro, que tiene un

agujero en uno de sus costados, una pequeña columna de granito rojo, que sirvió de asiento á Jesucristo mientras era coronado de espinas.

Volví sobre mis pasos. Cerca de la puerta de entrada hay una capilla oscura llamada de Adan. En la antigüedad era una gruta, y se dice que aquí fué enterrado el rey sacerdote Melquisedec. Cuenta una tradicion injustificable, que á esta capilla vino á parar el cráneo del primer hombre, traído sobre las aguas del diluvio. Detrás de una reja de fierro, mírase una hendedura abierta en la roca; la tradicion asegura traer su origen del tremendo cataclismo sufrido por la naturaleza en la agonía de Jesus.

La grieta es ancha como de tres pulgadas, y sigue una direccion de alto á bajo, haciendo ligeras curvas. Asomando por allí el ojo, nada se mira sino oscuridad profunda. En aquel instante me sentí trasportado á los tiempos antiguos, á los tiempos de los prodigios palpables.

La fé humana, fruto de la razon, de la lógica y de la autoridad de los padres y maestros, es poderosa y en el corazon echa hondas raices indestructibles; pero adquiere nuevo vigor con el apoyo de lo visible. Triste es decirlo, pero forzoso confesarlo. ¡Dichosos mil veces los que no han visto y creyeron!

Aquí se encontraban en otro tiempo las tumbas de los monarcas cristianos de Jerusalem, á contar desde Godofredo. A la vista de la de Godofredo, exclamó Chateaubriand: *es cierto que tengo tachas; pero puesto que soy frances, no tengo miedo.* Chateaubriand habló así porque no contaba con que habria un Sedan para el orgullo de la Francia.

Los griegos, envidiosos, destruyeron estos sepulcros y los sustituyeron con bancos de piedra.

Salí de la capilla de Adan, y torciendo á la derecha subí por una escalera de la altura como de nueve metros. Me encontré en el Calvario. Dirigime directamente al lugar donde fué levantada la cruz del

Redentor. Se encuentra al pié del altar que ocupa la parte média de la capilla. Allí está, revestido de plata, el agujero donde penetró el madero. Las escenas de la crucifixion aparecieron de bulto ante mis ojos. Ví al hijo de Dios pendiente de la cruz, cubierto de sangre, coronado de espinas, con el rostro desfigurado por la agonía. Escuché los tumultos de la tierra, miré las tinieblas del cielo, y mi corazón se estremeció de espanto ante aquel crimen sin nombre, ante aquel amor infinito y ante aquellos cataclismos de la naturaleza. Los dramas de la eternidad, de ese infinito que campea sobre el tiempo, anadaron mi espíritu, que hacia esfuerzos sobrehumanos por entenderlos.

En presencia de aquel dolor inmenso, de aquella abnegacion sublime, las virtudes de mi alma flaqueaban, y experimentaba las angustias de las últimas horas. Hubiera querido tener, como la Magdalena, los piés de Jesus delante de mí para besarlos con la gratitud de mi sentimiento y regarlos con el llanto de mi dolor. Yo me hubiera abrazado á la cruz como se abrazó aquella mujer pecadora, y tanto hubiera suplicado y gemido, que al fin tal vez habria alcanzado oír aquella promesa divina: «anda en paz, mucho has amado.»

A la derecha y á la izquierda están los dos agujeros donde fueron plantadas las cruces de los ladrones, y forman ángulo con el agujero principal; de manera que Jesucristo pudo ver á Dimas cuando le prometió que aquel dia seria con él en el Paraíso.

Jesucristo fué crucificado al oeste de Jerusalem, con el rostro vuelto hácia la Europa. En los últimos momentos del suplicio, en el acto mismo de la Redencion, parece que Jesus volvia la espalda al ingrato Oriente y extendia sus brazos hácia el Occidente. El Oriente, en efecto, aunque cristiano en los primeros tiempos, tornóse gentil ó mahometano mas tarde, y la Ley Nueva, atravesando el Mediterráneo y el grande Océano, fué á establecer sus preceptos divinos en las regiones del ocaso. ¡Misteriosas coincidencias de los hechos, que parecen haber sido un símbolo de los sucesos del porvenir!

Señalados con mosaicos de mármol en el pavimento, se encuentran el lugar donde Jesucristo fué clavado en la cruz, y el que ocupaba la Madre, mientras los verdugos taladraban las manos y los piés del Hijo. En el lugar que ocupaba la Virgen, en el momento de la agonía del Salvador, hay una pequeña capilla llamada de los Dolores. Allí estaba el discípulo amado, cuando el Maestro le dijo: «Hé allí á tu Madre,» y á esta: «Hé allí á tu Hijo.»—

Antes de hacer mi viaje á la Tierra Santa, me figuraba que el Calvario se conservaria hasta ahora como una montaña de piedra, en la cual podria mirarse la roca misma donde fué implantado el madero de la Redencion. Figurábame asimismo que el Santo-Sepulcro se encontraria aún, como en tiempos de José de Arimatea, y por tanto, que seria un subterráneo tallado en la roca, donde se mirarian el túmulo mortuorio y la puerta misma de entrada, que fué cerrada con una piedra el viérnes y abierta por mano del ángel el domingo. Tenia idea, además, de que todos estos sitios consagrados por la Pasion, se encontraban algo distantes los unos de los otros, y no cercanos y aglomerados como dispuestos á gusto del que fabricó la iglesia, para poder comprenderlos todos en la planta de un mismo edificio.

Con estas imaginaciones, pues, formadas de antemano, quedé sorprendido cuando encontré que el Calvario no era montaña, sino una capilla levantada en un segundo piso; que el Santo-Sepulcro se hallaba á pocos pasos levantado sobre el suelo, y no en cueva subterránea; que todos los lugares donde se realizaron los últimos acontecimientos referidos en los Evangelios, están por decirlo así, lindando los unos con los otros, y que el Calvario, el Santo Sepulcro y los demas sitios históricos relacionados con el desenlace de la Pasion, se hallaban comprendidos dentro de los mismos muros, cobijados bajo el mismo techo y formando parte de una construccion misma.

A primera vista me pareció tan extraordinario lo que veia, que me resistia á creer en la autenticidad de estos lugares. Sin embargo, despues de haber meditado é inquirido, y examinado los libros, me

convenci de que cuanto encontraba extraño, no era sino la verdad, y que la autenticidad de estos sitios la demuestran de comun acuerdo, la tradición y la historia. En primer lugar, en el Evangelio de San Juan, se dice: «Había en el lugar donde fué crucificado Jesucristo, un jardín, y en el jardín un sepulcro nuevo.» De donde se infiere, que en el mismo sitio donde Jesús fué crucificado, tuvo sepultura. Muerto Jesús, los apóstoles y los fieles tuvieron en gran veneración estos sitios, y la iglesia naciente de Jerusalem se trasportaba todos los días á ellos para elevar sus oraciones al cielo. Poco antes de la llegada de Tito, el obispo de Jerusalem, conociendo que se aproximaba el tiempo del castigo de la ciudad deicida, se retiró con sus fieles á Pella. Las legiones de Tito no dejaron de la ciudad ni del Templo piedra sobre piedra. La desolación y la muerte quedaron campeando sobre aquel sitio á la vez maldito y sacrosanto. Los cristianos descendieron de las montañas donde se habían refugiado, y vinieron á buscar entre los escombros de la ciudad removida, aquellos lugares consagrados por la pasión de Jesucristo. Elevaron sobre ellos un templo, y agruparon alrededor sus humildes habitaciones. Mas tarde, el emperador Adriano llevando á mal que los cristianos adorasen estos sitios, determinó profanarlos y borrarlos en cuanto fuere posible. Con este objeto hizo llenar el Santo Sepulcro con tierra y piedras, pavimentar la superficie y construir sobre todo esto un templo á Vénus. En la cumbre del Calvario mandó colocar una estatua colossal de Júpiter.

Llegado el tiempo de la paz de la Iglesia, la emperatriz Elena derribó los ídolos, hizo extraer los escombros que llenaban el Santo Sepulcro, y levantó un magnífico edificio que sobrepujaba en esplendor á los más suntuosos de la tierra, en una área que comprendía el Santo Sepulcro y el Calvario. La emperatriz, sin embargo, guiada por un deseo inmoderado de dar forma monumental á aquellos lugares, hizo cortar la roca del Gólgota, dejó el Santo Sepulcro como un templete aislado, y del Calvario formó una capilla, no dejando de la

montaña antigua, sino el lugar estricto donde fueron plantadas las tres cruces. De esta manera, por un amor ciego á las artes, los sitios más venerables del orbe fueron horriblemente mutilados y perdieron su figura primitiva.

Así pues, el Calvario y el Santo Sepulcro estaban poco distantes el uno del otro; el Calvario era un montecillo de piedra, de escasas dimensiones, en cuya falda misma José de Arimatea había hecho tallar su sepultura. La identidad de estos lugares fué conservada hasta Constantino, ya por los primeros cristianos, ya por los ídolos mismos que Adriano mandó levantar para profanarlos. Desde Constantino acá, no han faltado cristianos que veneren estos sitios, ni templo que los designe; así es que su autenticidad debe tenerse como indudable, por lo que toca al menos á los lugares principales, como el Sepulcro y el Gólgota.

Con esta explicación quedan á mi ver zanjadas las dificultades, y se comprende por qué razón se encuentran estos sitios tan cercanos, por qué el Calvario no es ya una montaña, y por qué el Santo Sepulcro no está formado por una gruta sino por un edificio aislado.

Salía ya de la iglesia y tomaba la dirección del convento, cuando me informó el guía de que aun me quedaban algunas cosas notables que ver en el atrio de la iglesia. Visité, en efecto, la capilla de Santa María Egipcíaca; otra perteneciente á los armenios, donde se conserva un pedazo de la columna de la flagelación, y finalmente, el monasterio griego de San Abraham, que tiene hermosísima terraza y una iglesia rica en dorados y pinturas, dedicada á los doce Apóstoles. Muy cerca de allí hay otra capilla, levantada, se dice, sobre el lugar donde el patriarca Abraham pretendió, obedeciendo el mandato de Dios, hacer el sacrificio de su hijo Isaac.